

AGUA: SÍMBOLO DE VIDA Y MUERTE EN EL BAJO PAPALOAPAN

José Velasco Toro¹
Gustavo Ramos Pérez²

Resumen

La cuenca del río Papaloapan, por su configuración topográfica y múltiples ríos tributarios, históricamente ha sido propensa a las inundaciones como consecuencia de la creciente del río. Durante el periodo prehispánico y la etapa colonial, el agua que se desborda se asoció simbólicamente a la dualidad vida-muerte, construyéndose una cosmogonía en torno a ella. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la sociedad industrial que hizo su arribo a estas tierras empezó a representar las avenidas y consecuentes inundaciones como signo de muerte y destrucción, razón por la cual se inició una lucha, primero, por reducir el impacto de las inundaciones en los espacios urbanos; después, por controlar y almacenar los afluentes del Papaloapan a fin de evitar las súbitas y cíclicas crecientes. Describir el cambio en la percepción cosmogónica de la naturaleza y el simbolismo del agua, es el objetivo del presente ensayo.

Palabras clave: Papaloapan, cosmogonía, simbolismo.

Abstract

The basin of the river Papaloapan has been historically subject to flooding caused by rising in the river level and due to the topographic configuration and multiple tributary rivers. During pre-Hispanic and colonial times river floods were symbolically associated with life-death duality, constructing a cosmogony around it. From the mid 19th Century, the industrial societies who settled on these river banks started to associate the avenues and their consequent floods with death and destruction. For this reason, efforts were first made to reduce the impact of such floods on urban spaces, and later

¹ Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana. Diego Leño 8, Centro, CP. 91000, Xalapa, Veracruz, México. mavelasco@uv.mx

² Facultad de Historia de la Universidad Veracruzana. Francisco Moreno esquina Ezequiel Alatríste s/n. Colonia Ferrer Guardia, Xalapa, Veracruz, México. Ummaqumma74_119@hotmail.com

efforts were made to control and store excess water from the Papaloapan in order to avoid cyclical rising. This essay intends to describe the change in perception of cosmogony in nature and water symbolism.

Key words: Papaloapan, cosmogony, symbolism.

Preámbulo

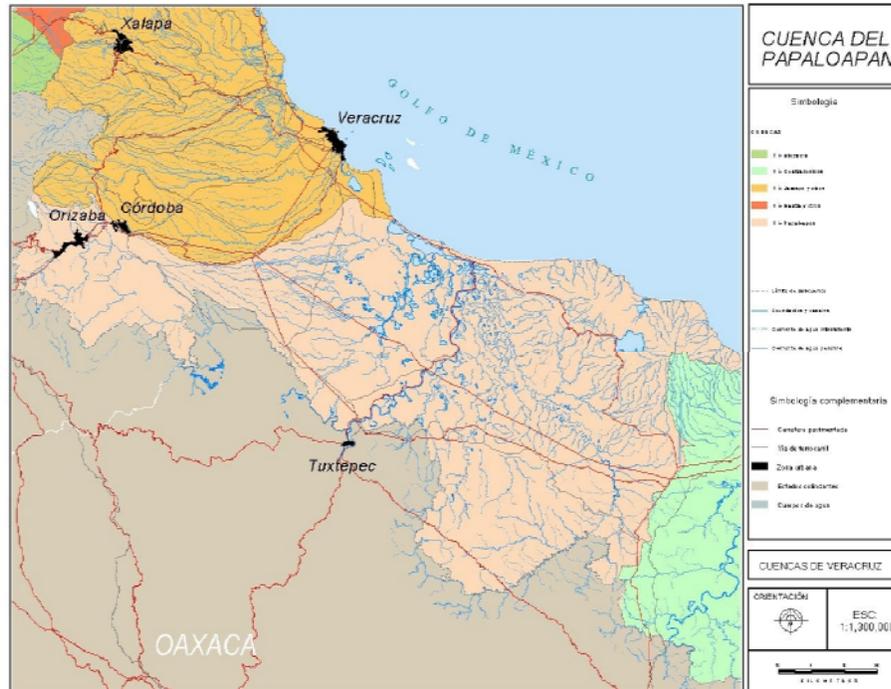
Hoy hablamos de los desastres causados por las diversas manifestaciones de la naturaleza cuando provocan daño económico, material y de vidas en la sociedad. Vemos estos impactos desde la perspectiva de la separación de hombre frente a la naturaleza, cuando el hecho de ser hombres deviene del curso evolutivo engendrado por esa naturaleza que señalamos como causante de males. Nos olvidamos que dañamos nuestro entorno talando bosques y degradando suelos hasta convertirlos en desiertos. No tomamos conciencia de que al contaminar el agua atentamos contra nosotros mismos cuando nuestro cuerpo es fundamentalmente agua. Alteramos la composición del aire hasta hacerlo irrespirable olvidando que el cerebro es un órgano oxigenófilo. Damos prioridad al crecimiento de las ciudades y estamos propiciando una "urbogravisfera" con grave alteración del clima. Emitimos cada vez más gases destructores de la capa de ozono en un empeño de quitar esa cubierta protectora de la vida. Pulverizamos ecosistemas sin importar la destrucción y desaparición de especies que llevó a la naturaleza miles de millones de años de evolución. Acumulamos basura radioactiva como guardar cuentas en cofrecitos bajo la cama. En fin, sistemáticamente nos hemos creído que somos superiores a la naturaleza y que con nuestro ingenio y tecnología la vamos a dominar, cuando en realidad estamos destruyendo la fuente de nuestra vida como el granjero que mató a la "gallina de los huevos de oro".

Cuando las sociedades estaban más ligadas a los procesos y ciclos de la naturaleza, no sólo le temían, sino que la respetaban y aprendieron a vivir en armonía real y simbólica con ella. Buscaron lograr un equilibrio dinámico que les permitiera aprovechar los recursos sin destruirlos. Sin embargo, a medida que el hombre fue logrando mayores adelantos tecnológicos que condujeron al paso de sociedades rurales a urbanas, de agrícolas a industriales, el hombre empezó a ver a la naturaleza como algo mecánico y separado de él. Como un fenómeno al que podía arrancarle la verdad de sus leyes de movimiento y someterla por la vía del control de las variables de su propia dinámica.

La sociedad industrial pronto se volvió contra-natura y designó como "fenómeno" a toda manifestación de la naturaleza, especialmente cuando ésta causa daños materiales y cobra vidas. Hoy hablamos de desastres naturales cuando en buena medida muchos de ellos son consecuencia de nuestros propios actos. Culpamos a la furia de la naturaleza cuando en otros tiempos esa furia se percibía como el opuesto que garantizaba la continuidad de la vida. Decimos que las corrientes imprevistas destruyen casas, cuando nosotros construimos esas casas en los cauces que hemos secado, pero que no por ello han dejado de ser los conductos naturales de las aguas que descienden por gravedad.

Paulatinamente hemos creado un espejismo urbanístico, en el que el habitante de la ciudad ha llegado a ignorar de dónde provienen los alimentos que sostienen y reproducen la vida, nuestra vida: la tierra y el agua; las plantas y los animales; los ríos y el mar. Precisamente de ahí. De aquello que contaminamos y destruimos; de lo que despreciamos y degradamos. ¡Oh, soberbia humana! ¿Hasta cuándo comprenderá el hombre que no es el centro del cosmos y mucho menos el amo de la naturaleza? ¿Hasta cuándo vislumbrará que si la hierba muere el hombre muere?

Figura 1. Cuenca baja del Papaloapan.



El Papaloapan en el mundo prehispánico

Ese descenso del agua por cauces que llamamos río y que apreciamos tranquilo, bello, saltarín, musical y, en ocasiones, monótono, se transforma en momentos cíclicos, violento, estruendoso y destructor. En unos instantes se pasa de la contemplación al azoro, de la tranquilidad al espanto. Pero lo primero es persistente, lo segundo pasajero. Y así lo comprendieron diversas sociedades como las que se asentaron en la región conocida como bajo Papaloapan o cuenca veracruzana del Papaloapan. Pueblos que aprendieron a vivir en ese espacio bañado por los ríos San Juan, Obispo, Tesechoacán, Lalana, Santo Domingo y Tonto que al confluír forman el Papaloapan; así como los ríos Blanco, Tlalixcoyan y Estanzuela que desembocan en la albufera de Alvarado. Aguas que comunican y durante la temporada de lluvias cubren extensas áreas de terrenos bajos; incluso, antes de la construcción de las presas Temascal y Cerro de Oro, solían ocurrir grandes avalanchas que provocaban el desbordamiento turbulento arrasando con lo que encontraba a su paso. Pero al calmarse y retirarse las aguas de los terrenos, quedaba un rico depósito de limo que era fuente de la regeneración de la tierra dadora de vida, algo que ya no ocurre.

La sociedad mesoamericana creó una cultura que refleja la construcción de una cosmovisión integradora de la naturaleza y del ser humano. De las divinidades ordenadoras y dadoras de vida, creadoras del orden y del caos, del equilibrio y del eterno ciclo de nacimiento y muerte. En esta concepción que percibía el Cosmos como totalidad implicada, la naturaleza no sólo era parte del mundo místico del hombre, sino también componente importante de su ser y en el que encontraba el equilibrio de la vida y de la consecución de la misma. Así, ser humano, naturaleza y divinidades, son simbiosis donde a la vez que el medio natural modela al pensamiento religioso, el hombre proyecta su imagen para halagar a las deidades creadoras.

En el caso de los pueblos que se asentaron y crearon una importante cultura a lo largo y ancho de la región del bajo Papaloapan, se percibe ese equilibrio entre hombre y naturaleza, entre

divinidad y sociedad. Como sabemos, el significado de Papaloapan es “En el río de las Mariposas” (Papalo = papalotl = mariposa, a = atl = agua/río, pan = en) o simplemente “Río de las Mariposas”. En esta región el elemento más importante es el agua que corre, a veces tranquila y otras turbulenta, pero que representa la esencia de las aguas primordiales de donde surgió toda manifestación viviente. El eje, cual columna articuladora, es el río Papaloapan, simbolismo asociado al cambio y a la transformación, a la vida y a la muerte; río que determinó y organizó la forma en que las naciones prehispánicas se apropiaron del espacio y construyeron un sistema social soportado en el complejo fluvial.

El agua fue divinizada en todas sus variantes: como lluvia fertilizadora de la tierra era *Tláloc*; como corriente en descenso *Chalchiuhtlicue* o como agua que inunda y fertiliza era *Ayauh Cozamalotl* (Velasco, 2003b). En el Papaloapan, los pueblos de sus riberas identificaron a las crecientes con la Diosa Anciana del Tejido que tenía en su cabeza una serpiente enroscada, razón por la cual Benavente Motolinía la asoció con “dragones” que descendían con la corriente hasta llegar al mar, aludiendo que cuando el río “va de venida arranca aquellos árboles, que es cosa de ver su bravura” (Benavente, 1988: 387).

Las inundaciones han sido comunes a lo largo de la historia del hombre. En las llanuras del Sotavento, debido a la poca pendiente de sus tierras, éstas se sucedían periódicamente a lo largo del año. Los escurrimientos originados en la sierra de Oaxaca cubrían extensas porciones de la llanura, aguas que al retirarse dejaban el limo fertilizador. Los pueblos aprendieron a vivir en consonancia con los ciclos de las inundaciones; construyeron sus templos sobre plataformas de tierra apisonada y sus viviendas en forma de palafito.

A la llegada de los españoles comandados por Cortés, las llanuras del Papaloapan estaban habitadas por cuatro naciones: nahuas, mixtecos, popolucas y mazatecos, todas bajo el dominio del imperio Azteca. Moctezuma Ilhuicamina las había sujetado en 1452, ya que esta región representaba un punto estratégico para el comercio con los pueblos de la costa del Golfo de México; era abundante proveedor de cacao, pero sobre todo de peces y plumas de la rica y variada avifauna que poblaba el Papaloapan.

Gracias a investigaciones antropológicas se sabe que la cultura Olmeca habitó la zona del Papaloapan mucho antes que otras naciones, culturas que heredaron muchos de los símbolos de la “cultura madre”, en especial los aspectos relacionados con la divinidad del agua. Existen algunos otros indicios de la presencia olmeca en la zona, la cual se presume dominaba el territorio que abarcaba desde el río Grijalva al propio Papaloapan. Aguirre Beltrán, en su libro *Pobladores del Papaloapan* (1992), comenta que la influencia olmeca no sólo se ve reflejada en esta región, sino también en la mayoría de las culturas mesoamericanas con la herencia del dios jaguar como antecedente de dioses como Chac, Cocijo, Tláloc y Tajín, deidades mesoamericanas que regían las lluvias y demás manifestaciones del preciado líquido.

Al darse el proceso de conquista hispana, los colonos españoles no sólo se percataron de la riqueza natural que había en esta región, sino también de la importancia que revestía como puente para el comercio con la región sureste y el ámbito oaxaqueño. Pero también fueron receptivos a la adaptación de los pueblos autóctonos con el medio acuático, percepción que se aprecia en la reinterpretación simbólica de los topónimos de los pueblos; reinterpretación sincrética de la visión cosmológica prehispánica con la concepción cristiana: de las divinidades ancladas en la naturaleza se pasó a los santos contenedores de la virtud católica.

Veamos dos ejemplos de esa transposición simbólica y que están íntimamente ligados al elemento agua.

El primero refiere al pueblo de Amatitlán (*amatl* = amate; *ti* = ligadura; *tlan*: abundancia), cuya toponimia abscóndita es “lugar donde abunda el *amatl* o papel de corteza” (Aguirre Beltrán, 1992: 133). El papel hecho de la corteza del árbol de amate, tenía gran importancia en la vida ritual y profana. En él plasmaban sus calendarios, escribían sus libros sagrados y las vestimentas, e incluso la corona de los principales dioses eran de este material. Gracias a la crónica de fray Bernardino de Sahagún (1989, 3: 284), sabemos que el papel tenía gran significado mortuario y que era indispensable para el tránsito hacia el inframundo. A medida que se conquistaban los pueblos y se sometían a la guarda de la Corona y de la Iglesia, los españoles les fueron imponiendo a los pueblos indígenas el nombre de un santo que se sumó a la toponimia original. Figura que se convirtió en el santo patrono del lugar y, por tanto, los topónimos se transformaron en binomio teológico. Así, Amatitlán se transformó en San Pedro Amatitlán, quedando bajo la

protección de San Pedro Apóstol portador de la llave del cielo. De esta manera se asimilaron las funciones del papel y la llave, ambos elementos simbólicos que aseguran la entrada al más allá.

Pero ¿qué importancia tiene esta disertación con las inundaciones? Bien poca desde la perspectiva del mundo moderno actual, pero mucha desde la óptica del patrimonio cultural. El papel era una ofrenda ligada a las deidades del agua. Por ello, no es extraño que en Amatlán se adorara a dos deidades del agua con características distintivas: *Tzopelican* relacionado con el agua dulce y *Chichicapa* con el agua salobre. Además, entre los poblados de Amatlán y Cosamaloapan, la concepción cósmica identificó a la laguna de *Xulcalapan* como “en el lago de la casa de turquesas”, morada donde convivían *Tlálloc* y *Chalchiuhtlicue*, su pareja divina.

Otro ejemplo representativo lo tenemos en el pueblo de Cosamaloapan. Aguirre Beltrán apunta que en el Códice Mendocino estaba representado por una comadreja (*Cozamalotl*); por lo tanto, el significado puede traducirse como “Río de las Comadrejas”. Sin embargo, apunta el mismo autor, la traducción abscondita realmente es “en el río del Arco Iris” (*cozamalutl* = arco iris; *atl* = río; *pan* = en) (Aguirre Beltrán, 1992: 45).

El arco iris era *Ayau Cozamalot*. Esta diosa era venerada y temida por su doble ingerencia, ya que en primer lugar era deidad de las inundaciones al mismo tiempo que protectora de tales calamidades. La diosa del Arco Iris es responsable del fin del Cuarto Sol, fin que ocurrió por un diluvio (paralelismo cultural que se encuentra en muchas otras culturas y no sólo en la babilónica y hebrea). Para los habitantes del bajo Papaloapan que es de naturaleza anegadiza, su culto era central porque producía y protegía de tales calamidades. Visión dual en la que la muerte por inmersión daba vida a la tierra al fecundizarla con el limo y la humedad necesaria. Era la brutalidad del agua en descenso y la tranquilidad radiante del arco iris. La destrucción se hacía presente con el embate de la corriente y la construcción con el fin de las lluvias, momento en que se materializaba, el cielo se despejaba, el aire parecía más diáfano y en el ambiente quedaba el olor incomparable a tierra mojada, esa era *Ayauh Cozamalotl* (Molina, en Aguirre Beltrán, 1992: 46).

Si bien a Cosamaloapan se le asignó como patrono a San Martín, santo protector de los pescadores por la importancia que este pueblo tenía en la pesca ribereña, su asignación no fue de lo más acertada. Tan es así que el imaginario popular pronto superpuso a Nuestra Señora de La Soledad como divinidad protectora de Cosamaloapan, atribuyéndosele características propias de la divinidad indígena, como aparecerse en forma de arco iris para anunciar la cesación del diluvio de la idolatría y la caída del imperio mexicano con los sonoros y suaves ecos de la palabra evangélica (Villaseñor, en Aguirre Beltrán, 1992: 147).

La cosmovisión mesoamericana tiene como núcleo la concepción del equilibrio dinámico con la naturaleza, porque sabían que ésta no era un entorno, sino la vida misma por ser parte de ella y cuyo precio es la mortalidad que permite la reproducción. Los pueblos del Papaloapan, como muchos otros asentados en cuencas y en espacios lacustres, supieron construir y vivir en simbiosis con los elementos naturales que veían como reacción y respuesta de la voluntad de las divinidades, cuyos atributos se correspondían con el fenómeno natural. Esta representación permitió el desarrollo de sociedades que lejos de separarse de la naturaleza, como la sociedad industrial de hoy, mantuvo un estrecho vínculo con la “madre tierra” que se percibía como un ser vivo e integral. La furia de su ser era pasajera, y así como provocaba susto y espanto, también propiciaba bienestar y restauración. El agua que fluye en forma de río, que da vida a lagunas y humedales, era parte, y aún lo sigue siendo, de la vida de los habitantes del Papaloapan, mágica región que fue identificada con el hábitat de *Tlálloc*: el *Tlalocan*, lugar de la perpetua vegetación.

La adaptación colonial

Al ocupar y controlar los colonos españoles el espacio terrestre y acuático del Papaloapan, muy pronto se percataron de que la riqueza de la región no radicaba en la existencia de minerales preciosos y mucho menos en la posibilidad de desarrollar una agricultura comercial basada en el trigo. Las características climáticas, el perfil topográfico y la factibilidad de navegación de los ríos como puentes de conexión con otras regiones, les hizo orientar su estilo de ocupación hacia la ganadería vacuna y el comercio. A ello también contribuyó la hecatombe demográfica que devastó a la población india durante el siglo XVI, generándose la consiguiente escasez de mano de obra

que propició la ocupación de población de origen africano. Luego se dio el mestizaje de africano e indio, surgiendo el jarocho.

Con el paso del tiempo, los nuevos pobladores del Papaloapan construyeron su identidad. Esa estructura social, cultural y religiosa que une al entorno, al lugar y al grupo que lo habita, con el ámbito regional circunscrito al espacio territorial; es decir, con el área geográfica donde se tiene control sobre los recursos, la gente y existe una liga que comunica, un lazo simbólico que identifica al interior y distingue del exterior. Y en efecto, a partir de la Colonia los pobladores del bajo Papaloapan iniciaron un proceso de identificación y de diferenciación hacia el interior y hacia el exterior de la región. En un principio se les asoció a la localidad de origen: tlacotalpeños, alvaradeños, cosamaloapeños, etc., locativo que persiste hacia el interior. Después, por los vaqueros de origen afroamericano que conducían en arriada grandes manadas de ganado hacia la región de Córdoba y Orizaba, se les empezó a llamar “jarochos”, concepto asociado a la “jara” que utilizaban para conducir al ganado; mote que pronto adquirió categoría de identidad social y cultural referida a los habitantes del sotavento (Velasco y Skerritt, 2004). Posteriormente, este concepto se generalizó a todo habitante de la zona centro-sur de Veracruz, razón por la cual los del Papaloapan construyeron una nueva categoría de identidad: la de “cuenqueño”. Categoría que por supuesto remite al ser del agua y a las expresiones propias de la región.

Sabemos por Bernal Díaz del Castillo (1998) que el primer expedicionario español que se acercó a costas veracruzanas fue Juan de Grijalva. Expedición en la que iba Pedro de Alvarado. En el año de 1518, Alvarado penetró a la albufera y navegó por el río hasta la altura de Tlacotalpan, y en acto narcisista le dio el nombre de Alvarado, designación oficializada por la cartografía novohispana. Si bien en la geopolítica del imperio español así se le conoció y era identificador de la provincia, hacia el interior sus habitantes hablaban del Papaloapan, nombre original que fue categoría de identidad y poco a poco recobró su lugar a partir del siglo XIX. La confluencia fluvial navegable y la diversidad biótica del bajo Papaloapan fueron aprovechadas por los españoles que comerciaron con productos de la tierra, es decir, del ámbito local y regional, los de uso cotidiano que se empezaron a producir con tecnologías occidentales y las mercancías de ultramar demandadas por la población de colonos hispanos (Velasco, 2003a).

La albufera de Alvarado abarca unas 8,000 hectáreas. En ella hay diversos islotes y su estuario permite el flujo y reflujo de agua de mar, marea que penetra hasta 20 kilómetros tierra adentro. No por ello es gratuito el nombre prehispánico de *Atlizintla* que se ha traducido como “lugar situado a la orilla del agua” o “lugar de las aguas abundantes”, locativo que define perfectamente las características del lugar. Ahora bien, el movimiento marino que permite el encuentro y mezcla de aguas salinas y dulces hace que el espacio terrestre tenga una alta salinidad, razón por la cual sus suelos no son aptos para el desarrollo agrícola, pero sí es un nicho ecológico en el que la vida marina se reproduce con abundancia y variedad (González y Ramos, 1998). Sin embargo, está en peligro la flora y fauna marina, y la extracción pesquera no es ni remotamente cercana a lo que fue. Desastre creado por el hombre: contaminación del río y de la albufera con basura, heces fecales y desechos industriales; sobreexplotación de especies marinas con el afán de abastecer la irracionalidad del mercado, motivo por el cual no se respetan los ciclos reproductivos; destrucción del manglar que es regulador de la salinidad y garantiza el alimento de las especies, acto derivado de la ganadería de tipo extensivo y demanda de leña; el asolvamiento de la desembocadura que impide el libre reflujo del agua de mar y río, gracias a que el suelo fértil de la sierra de Oaxaca ha quedado expuesto al arrastre del agua como consecuencia de la irresponsable deforestación; las miles de toneladas de basura que descienden por los diversos afluentes del Papaloapan. En suma, el desastre que se avecina se debe a causas humanas, no naturales.

Pero volviendo a nuestra narración, fue precisamente en la riqueza natural en la que se fijaron los españoles, por cuya razón Alvarado se transformó en un pueblo pescador, a la par de puerta de ingreso y salida de productos y mercancías que fluían hacia los puertos del Golfo de México y hacia el interior de la cuenca. La rica y variada fauna marina fue controlada por los colonos que pronto establecieron diversas pesquerías localizadas en los espacios acuáticos de los pueblos de Acula, Ixmattlahuacan, Tlacotalpan, Puctla, Tlacintal, Chuniapa, Tapazula, Guateopa y Tatayán. Pesquerías en las que se empleaba indios y afroamericanos. El producto era salado y transportado a los mercados de Oaxaca y al altiplano central. De esta manera surgió el grupo social de los pescadores, los que junto con los vaqueros de las haciendas ganaderas sentaron las bases

tanto de la transformación del paisaje como la edificación de la identidad cuencana. Actividades en las que las inundaciones tenían un significado dual: destrucción y reconstrucción del medio natural.

El agua se veía como elemento favorable y no terrorífico. A lo que se temía no era a su abundancia ni a los escurrimientos que provocaban inundaciones. En la Colonia se le temía más a las enfermedades tropicales: vómito negro o fiebre amarilla y malaria o paludismo; enfermedades de origen viral que son transmitidas por el *Aedes aegypti*, mosquito originario de África que fue introducido por los europeos. Este insecto hematófago se reproduce en abundancia en las zonas tropicales húmedas, de ahí que cuando se hacía referencia a la “tierra caliente”, lo hacían llamándola la “antesala del infierno”.

Mencionamos que a lo largo del siglo XVI se dio un fuerte descenso de la población india causada por la viruela, el sarampión y la malaria, enfermedades desconocidas en América y cuyos habitantes no tenían defensa inmunitaria natural. Pero también contribuyó la brutal explotación de los indios a quienes los encomenderos y primeros colonos les exigieron gran cantidad de tributos, a grado tal que Benavente Motolinía escribió que muchos españoles que llegaron al Papaloapan sólo lo hicieron buscando “el negro oro de esta tierra [...] y a enriquecerse y usurpar en tierra ajena lo de los pobres indios, y tratarlos y servirlos de ellos como esclavos —y tanto la— chuparon que la dejaron más pobre que otra, y como están lejos de México no tuvo valedores” (Benavente, 1988: 391-399).

El efecto social de la caída demográfica fue la pérdida del control y ocupación del suelo por parte de los pueblos indios, así como de muchas pesquerías. Esto propició la fácil ocupación de los territorios de los antiguos señoríos mediante la dotación de mercedes de tierra para la cría de ganado mayor (bovino). Al estar “vacantes” las tierras, la administración virreinal propició su ocupación con la finalidad de alentar la colonización de “tierra caliente”, proceso que en menos de cinco décadas produjo la concentración de una enorme cantidad de hectáreas que dieron origen a la hacienda ganadera y a una ganadería extensiva y de explotación libre, muy diferente a la ganadería de pastoreo.

Entre 1565 y 1614 se concedieron 291 mercedes para ganado mayor que equivalen a 1,074,060 hectáreas. A lo largo del siglo XVII, muchos estancieros vendieron o transfirieron su merced propiciando que la idea de formar una clase ganadera de tipo medio se perdiera al concentrarse la tierra en pocas manos. ¡Pero muy pocas manos!, ya que de ese universo de hectáreas se formaron nueve haciendas ganaderas: Santa Catalina de Uluapa, Santa Anna Chiltepec, San Agustín Guerrero, Santa Catarina de los Ortizales, San Nicolás Zacapesco, San Juan Zapotal, Santa María Cuezpala, San Miguel del Pinillo y Santo Tomás de las Lomas. Propiedades que rigieron la vida y el destino de los pueblos con quienes siempre mantuvieron disputa por cuestión de límites y uso de terrenos bajos (Velasco, 2003a).

Los terrenos bajos, esos que estaban propensos a la inundación, eran preciados por el ganadero porque, como lo señala Guillermo Cházaro Lagos con pincelada literaria, “ganadero que no tiene tierras bajas y altas, es ganadero perdido”. Afirmación que refleja la cultura ganadera tradicional sustentada en la reproducción extensiva, que en su momento fue respuesta a las condiciones del terreno de la cuenca, pero con el tiempo se convirtió en argumento ideológico para justificar la propiedad de extensos terrenos propiciando injusticia social.

Sabemos que este tipo de actividad ganadera fue una adaptación y, en cierto sentido, creación de los colonos que se dedicaron a ella y ocuparon a vaqueros de origen afroamericano. Y decimos que fue adaptación porque tanto el ganado como la técnica de pastoreo, o mejor dicho, de manejo de las reses, fue importado de la tradición ganadera andaluza. En las marismas del Guadalquivir se acostumbraba subir el ganado a terrenos altos cuando estaban próximas las crecientes; y se trasladaba a los bajos en época de estiaje. Pero también esta ganadería fue creación. A diferencia del espacio andaluz, en la llanura costera se tuvo la posibilidad de contar con grandes extensiones de terreno y exuberancia de pastizales; terrenos bajos y altos que podían estar comprendidos dentro de los límites de la propia propiedad. De esta manera los rebaños pastaban en tierras bajas, las cuales tenían pastos frescos debido a la humedad y fertilidad del suelo por efecto del limo depositado; mientras que en la temporada de lluvias los subían a tierras altas donde no corrían peligro alguno de ahogarse. Sin embargo, el problema no estaba en la disponibilidad de espacio, sino en la escasez de mano de obra especializada en la vaqueada. Por tal motivo, aunado a la prodigalidad de la naturaleza, se pensó en fomentar una ganadería libre y de captura, poblándose los terrenos con ganado salvaje al que se le llamó cimarrón, precisamente

por su carácter indomado. Para capturar al ganado se organizaban partidas de vaqueros que lo capturaba y lo conducía a los rodeos ubicados en terrenos altos donde era quebrantado, es decir, domado, antes de ser conducido a los mercados mediante la arreada que implicaba el cruce de ríos o embalse. Éste se hacía antes o después de la temporada de crecientes, aunque en ocasiones el paso del ganado era obstruido por avenidas imprevistas que fueron causa de que no todos los ejemplares llegaran a su destino (Velasco y Skerritt, 2004).

Así como los hacendados apreciaban tener terrenos propensos a la inundación, también los pescadores sabían que esos terrenos inundados se convertían en preciada fuente de pesca, a grado tal de generarse conflictos entre éstos y los propietarios de las tierras. Un caso histórico es el del pueblo de Saltabarranca que pertenecía a la jurisdicción de la República de Indios de Tlacotalpan. Como pescadores tuvieron graves problemas con los dueños de la hacienda El Zapotal, desde la segunda mitad del siglo XVI. Conflicto que se agudizó cuando dicha propiedad pasó a manos de los monjes Agustinos en el siglo XVII.

Sucedía que con la creciente, buena parte de las tierras bajas de la hacienda eran cubiertas por el agua y los pescadores ingresaban a ese espacio acuático para pescar. Los monjes Agustinos protestaron e interpusieron juicio legal contra los pescadores porque, alegaron, entraban a terrenos propiedad de la hacienda. La respuesta de los pescadores fue que ellos pescaban en aguas que eran comunes y no era su culpa que éstas invadieran la propiedad, ya que en ello no se podía intervenir de manera alguna contra el curso de las aguas. En un primer momento, los dueños de El Zapotal lograron un veredicto a su favor. En 1699 se ordenó a los pescadores que no entrasen a hacer rancherías dentro de los límites de dicha hacienda y que no se salieran de las madres de los ríos con pretexto de pescar. Desde luego los pobladores de Saltabarranca no se quedaron con los brazos cruzados y solicitaron revisión del caso a la Real Audiencia. Argumentaron que durante la creciente el “peje” (vocablo que significa pez) sale de los ríos principales para ir a buscar alimento en lagunas, arroyos y esteros, razón por la cual es necesario buscarlo en esas aguas. Además, sostuvieron, desde tiempos remotos se ha realizado la pesca de esta manera. Tras varios argumentos de ambas partes, la Real Audiencia falló a favor de los pescadores, ya que reconoció que su actividad se realizaba en la superficie del agua y de acuerdo con la legislación hispana, las aguas eran comunes (González y Ramos, 1998: 51-52). Desde esta perspectiva, la creciente de los ríos era vista como favorable por aquellos que se dedicaban a la pesca, actividad productiva que era una de las fuentes de la economía regional y que no ha sido estudiada a fondo.

Transposición simbólica

Si bien la dominación hispana fragmentó la concepción prehispánica del espacio, supo aprovechar el conocimiento que el indio tenía del medio ambiente con la finalidad de sacar ventaja económica y aprender a vivir en un ámbito donde las inundaciones eran recurrentes. El agua, antes que enemiga, era aliada. La inundación, más que desgracia, era motivo de alegría lúdica. El hombre de la cuenca estaba preparado para recibir a la creciente y cuando las aguas se tranquilizaban, era motivo de recreación, de la alegría de percibir que detrás de la cara de la destrucción estaba el rostro de la vida.

Exploremos este simbolismo a partir de la expresión cultural de Tlacotalpan y Cosamaloapan.

Al ser evangelizada la población de Tlacotalpan se le bautizó con el nombre de san Cristóbal. Alusión al santo que en los ríos ayudaba a cruzar a las personas de una orilla a otra preservando su vida; función simbólica que se relacionó con la posición estratégica y la actividad de Tlacotalpan, en tanto centro de almacenamiento y traslado de mercancías e individuos. Sin embargo, san Cristóbal no corrió con suerte. En Tlacotalpan se rendía culto a la deidad femenina del agua: *Chalchiuhtlicue*. Deidad que, como mencionamos anteriormente, refiere al medio acuático y posee características fecundantes, es decir, es fuente de vida por excelencia.

A *Chalchiuhtlicue* se le rendía culto al inicio del primer mes del año (*atlcuahualco*) del calendario mesoamericano (Aguirre, 1992: 188-189). Coincidentemente, el día que marca el inicio del año en este calendario corresponde con el dos de febrero en el calendario Gregoriano, día en que la liturgia cristiana celebra a la virgen de La Candelaria. En la relación de Tlacotalpan de 1580

se describe el ritual que se celebraba en honor de *Chalchiuhtlicue*. La diosa estaba esculpida en una piedra de jade, y era sacada de su templo y conducida hasta la orilla del río, lugar en el que la sumergían por ser éste “sustancia de su ser”. Ritual de muerte y renacimiento: al sumergirla simbólicamente moría y al sacarla renacía para iniciar una nueva vida. Este componente simbólico fue trasladado y asimilado al ritual católico. La virgen de La Candelaria es conducida en procesión hasta el río; pero la inmersión se trasmutó en un navegar ritual por el río que además marca los límites del pueblo. Inmersión y navegación se asocian a un proceso mental que identifica el ciclo de la naturaleza, el fin del invierno y la cercanía de la primavera, de la agricultura y de la pesca, pero también la protección de las inundaciones estacionales. Hoy en día, la tradición de la procesión fluvial ha perdido su sentido profundo para ser convertida en folklore y mercancía turística: la inspiración mística trasmudó a estimulación etílica.

George M. Foster en su libro *Cultura y conquista: la herencia española de América*, resalta el despojo teológico que se hizo a la cultura mesoamericana, y lo ilustra mencionando las fiestas importantes del calendario litúrgico católico. En el caso de la virgen de La Candelaria señala que en España se le atribuye la predicción de la “cabañuela”, es decir, el comportamiento climático del resto del invierno: *Si la Candelaria plora, invierno fora; y si no plora, ni dentro ni fora*. Proverbio que se repite en gallego y catalán a lo largo y ancho de España (Foster, 1962: 161). *Chalchiuhtlicue* garantizaba las futuras cosechas y también la conservación de la vida en caso de inundación; la virgen María, en su advocación de La Candelaria, indicaba las condiciones climáticas futuras y las velas bendecidas en su día protegían de los rayos a las viviendas. La deidad prehispánica era protectora de las aguas turbulentas; la virgen cristiana de las tormentas eléctricas. Ambas se asociaban a la vida y ambas a la protección, de ahí que san Cristóbal no tuviera nada que hacer frente a la imagen mariana y femenina dadora de vida.

La naturaleza es la fuente de la existencia humana. Ella es la base de todo y en ella está la cimiento de la vida: el problema no radica en la dinámica de la naturaleza, sino en el comportamiento humano; en ese orgullo de supremacía que la desdeña y violenta, en ese paso del “hombre natural” al “hombre industrializado” que la explota más de lo que se le protege. La fiesta de La Candelaria de 2005, por ejemplo, fue la apoteosis de la inmundicia: 40 toneladas de basura sólo en la ciudad, sin contar toda aquella que fue arrojada al cauce del río Papaloapan (*Diario de Xalapa*, 03/02/06: 18). Gran parte de esa basura no se reintegrará a la naturaleza, y sí la contaminará.

Por cuanto hace a Cosamaloapan las cosas no fueron tan distintas. *Ayah Cozamalotl* fue desplazada por san Martín, al que posteriormente eclipsaron dos advocaciones de María que se sucedieron: la virgen de La Soledad y, en el siglo XVIII, la virgen de La Concepción que se venera hasta la actualidad. Ambas advocaciones tuvieron en común que fueron asociadas con el arco iris, emblema del fin de las lluvias y del “diluvio” de la idolatría. El presbítero Eulogio Rosales Mújica en su monografía: *Colección de datos para una historia de nuestra Señora de Cosamaloapan y del pueblo en que se venera*, refiere que la deidad prehispánica del Arco Iris, fue “preludio” de la devoción tan enraizada a la “Virgen Madre del Salvador, verdadero Arco Iris que promete paz a los pescadores que hijos son de Adán como se le canta desde muy antiguo en este pueblo a Nuestra Señora de Cosamaloapan” (Rosales, 1938: 2). Las divinidades católicas adquirieron el componente simbólico paralelo de las deidades prehispánicas; en este caso, el agua era el elemento divino que en conjunción con la tierra es origen de toda la vida, por ello era la deidad regente.

El cambio

A través del culto a las deidades femeninas prehispánicas y la simbiosis del culto mariano, podemos comprender esa búsqueda de equilibrio del hombre con la naturaleza; búsqueda que dio un gran giro cuando la sociedad actual decidió controlar los escurrimientos de los afluentes del Papaloapan para evitar que las crecientes inundaran cultivos de caña y las calles de los espacios urbanos. Esta concepción se introdujo a partir de la intensificación del cultivo de la caña de azúcar que se inició en el último tercio del siglo XIX, y se acentuó durante la primera mitad del XX, dinámica que atrajo a gran cantidad de jornaleros para el corte de la caña, obreros que se emplearon en los ingenios azucareros y comerciantes, todos procedentes de otras regiones de Veracruz, pero sobre todo de los estados de Oaxaca, Puebla, Tlaxcala y del estado de México, espacios donde la cultura

del agua se vivía de otra manera. Los recién llegados se fueron asentando en los campos de cultivo creando nuevos centros de población, así como en las ciudades ribereñas propiciando el crecimiento urbano.

Con el flujo inmigratorio y el desarrollo de una agroindustria que ha dominado el escenario económico, social, cultural y político del bajo Papaloapan, la mentalidad frente al simbolismo del agua y el significado de las inundaciones se transformó para percibir las como furia desatada de la naturaleza que lo único que causa es daños a la vida y a los bienes materiales. De ahí que aprovechando la necesidad de abastecer la demanda de energía eléctrica a la creciente población de la región central de México, por demás asentamiento de la industria, se diseñó un ambicioso programa para construir un complejo de presas para almacenar los escurrimientos de los ríos Tonto y Santo Domingo, principales afluentes del Papaloapan, y de paso controlar las inundaciones. Octaviano Corro, a mediados del siglo XX, así percibía la situación:

[...] casi anualmente el tremendo y aflictivo problema de las inundaciones cuyas aguas lodosas cubren miles y miles de kilómetros cuadrados de tierras labrantías y arrastran con su corriente vertiginosa las siembras, los ganados, las habitaciones y a veces a los hombres; este problema está por ser definitivamente liquidado en la zona del río Papaloapan, con la terminación que para septiembre del año entrante se hará de la Presa Presidente Miguel Alemán, y que actualmente se construye en el sitio denominado Temascal. (Corro, 1951: 201).

En esta descripción se aprecia el cambio de actitud frente a un comportamiento de la naturaleza al que ahora se le ve como “problema”, y que se politizó a partir de la gran inundación de 1944. A lo largo de la historia se han dado y seguirán dando muchas crecientes; empero, por la magnitud de la inundación causada, las crónicas registraron las sucedidas en los años de 1552, 1714, 1831, 1875, 1888, 1903, 1921, 1927, 1935, 1941, 1944, 1945, 1947 y 1950 (Corro, 1951).

La inundación de 1714 cubrió una amplia zona de la jurisdicción de Cosamaloapan, provocando pérdida en los novilleros de las haciendas (Velasco y Skerritt, 2004: 80). Pero sobre todo el pueblo fue afectado. La corriente arrastró gran cantidad de troncos que taparon la boca del río en el recodo donde, a escasas “12 varas”, estaba el templo de la virgen de La Soledad, construido en 1703. El choque de las aguas finalmente arrasó con el templo y la mitad de las casas de madera y palma (Corro, 1951: 209-210). Pero las aguas no sólo derrumbaron la construcción dedicada a la virgen de La Soledad, sino también su primacía, ya que ese momento fue aprovechado para entronizar a la virgen de La Concepción, a la que se le construyó el templo en el que actualmente se le venera. Para 1853, las torres del templo aún “sobresalían de las aguas que se las habían tragado”. Ciento ochenta y nueve años después, en 1903, el cementerio que estaba cercano al río fue paradójicamente sepultado por la creciente de ese año (Rosales, 1938: 103).

Durante la primera mitad del siglo XIX, el francés Lucien Biart viajó a lo largo de la llanura y los pueblos asentados en el río Papaloapan. Él partió de Alvarado y concluyó su recorrido en Tuxtepec. En su obra *Tierra Caliente. Escenas de la vida mexicana, 1849-1862*, narra con pinceladas románticas la exuberancia de la biodiversidad; una biodiversidad que hoy no existe gracias a la depredación irracional que de ella se ha hecho. Y evidentemente admiró el agua que por doquier dominaba el paisaje natural. Tristemente el paisaje actual está muy lejos del descrito por Biart (el que también asombró a Benavente Motolinía cuando viajó por esta tierra), quedando sólo en el recuerdo de la memoria escrita. Describe la imponente creciente que lo sorprendió poco antes de llegar a Otatitlán. También habla de Tlacotalpan y Cosamaloapan cuando sus calles eran cubiertas por la inundación, y narra que durante ese tiempo los habitantes se trasladaban de casa en casa y realizaban su vida cotidiana en canoas, incluso era motivo de diversión para las jóvenes que en sus chalupas salían por las tardes para galantear. Cosamaloapan lo recibió con las “ruinas” de la iglesia asomándose de la profundidad del Papaloapan, y su virgen salvadora de quienes estuvieron en peligro de ahogarse (Biar, 1962: 81, 216-217, 236-243).

Para el último cuarto del siglo XIX, Cosamaloapan y Tlacotalpan se encontraban en vigoroso crecimiento gracias a la pujante industria azucarera y al intenso comercio de cabotaje. Tal vez por esa razón el peligro de inundación se había convertido en una preocupación creciente, sobre todo porque Cosamaloapan estaba asentada frente a un recodo del río donde chocaban sus aguas. Cuando había creciente, las turbulentas aguas se arremolinaban provocando el derrumbe de la orilla, y por tanto, pérdida de terreno, obligando a sus habitantes a volver a construir en zonas

más alejadas de la ribera. La inundación de 1875 destruyó muchas viviendas y dañó seriamente el espacio del cementerio, mismo que sucumbió años después. Ese año, el ayuntamiento de la ciudad designó una comisión para evaluar la situación, encontrando que el río ocasionaba derrumbes de “30 a 40 varas cada año” (Rosales, 1938: 103-104). Con el dictamen en mano, la comisión solicitó que el gobierno estatal destinara recursos para que, sumados a las contribuciones de los ciudadanos, se construyera un dique que protegiera a la ciudad. En ese momento se estimó el costo de la obra en cuatro mil pesos (Corro, 1951: 210).

La visión que percibe al río como enemigo cuando por las lluvias se producen los intensos escurrimientos provenientes de la sierra de Oaxaca, se empezó a acentuar entre los habitantes de Cosamaloapan a partir de las dos crecientes que se sucedieron en 1888. La segunda fue consecuencia de las intensas lluvias provocadas por un ciclón que azotó la costa del Golfo. En la crónica se menciona que la creciente provocó severos daños materiales, destruyó cultivos, hubo reses ahogadas, pero lo peor fue la pérdida de vidas humanas. Ante el impacto sufrido, el ayuntamiento volvió a solicitar apoyo al gobierno del estado. Planteó la necesidad de realizar un estudio del que se derivara un proyecto para construir un dique que protegiera a la ciudad. La respuesta fue insatisfactoria, ya que se dijo que se enviaría un ingeniero cuando estuviera disponible (Corro, 1951: 210-211).

La escasez de recursos tanto financieros como humanos, así como la falta de compromiso social y carencia de una cultura de protección y prevención civil, alejaron la esperanza de recibir apoyo del ejecutivo estatal, razón por la cual los habitantes de Cosamaloapan se dieron a la tarea de realizar las obras posibles para reducir el impacto de las crecientes. Empero los esfuerzos realizados, tras cada avenida se sucedían derrumbes que poco a poco restaban superficie al espacio habitado. De acuerdo con un informe técnico, esto ocurría inevitablemente porque el suelo arcilloso-humífero permite la penetración del agua y al descender el nivel del río, la tierra por filtración devuelve el agua al cauce debilitando la estabilidad del suelo, de ahí que en la siguiente avenida se provocasen los derrumbes en la margen izquierda (AGEV, C. 116, Exp. 188, 1936). Para 1917, señala Octaviano Corro, el “río de las Mariposas” había engullido “más de diez cuadradas del barrio de la Cachimba”, así como al panteón y el camino que comunicaba con Chacaltianguis (Corro, 1951: 211).

Las dos primeras décadas del siglo xx fueron de relativa tranquilidad, tanto en lo relacionado con las inundaciones como por ser el periodo de convulsión revolucionaria que, a diferencia del resto del país, en el Papaloapan no alteró la vida cotidiana ni generó afectaciones severas a la propiedad. De hecho, la economía cañera creció en esos años como respuesta a la demanda de azúcar propiciada por la destrucción de plantaciones e ingenios sucedida en Morelos y otras entidades. Las inundaciones de 1901, 1903, y 1912, duraron entre 3 y 4 días; sin embargo, las subsecuentes a la de 1921 (1922, 1929, 1931, 1935, 1936, 1941, 1944 y 1945), se significaron por su magnitud y recurrencia.

Figura 2. Cosamaloapan, inundación de octubre de 1941. Aspecto de la calle Reforma.



Fuente: AGEV.

Las enfermedades de la piel, gastrointestinales y el paludismo, eran problema acentuado por la inundación. Si bien había destrucción de cultivos, el limo que se depositaba abonaba las tierras de tal suerte que se esperaba que la siguiente cosecha fuera redituable; además, la turbulencia del agua eliminaba plagas y humedecía los terrenos bajos garantizando pasto fresco para el ganado durante el estiaje. Empero, las condiciones de salubridad se tornaban frágiles y propicias para la propagación de enfermedades. Tras la inundación de 1921, el ayuntamiento de Cosamaloapan envió al ejecutivo federal, presidido por el general Álvaro Obregón, la solicitud de ayuda para atender la situación sanitaria de sus habitantes. Tras ver el informe y las diversas fotografías que ilustraban las calles cubiertas por el agua, fue enviada la brigada sanitaria que había sido conformada con el mismo fin para atender Tabasco y Campeche, junto con cinco mil pesos para ayudar a los afectados (AGN, 605-T-3: 16). Por su parte, Adalberto Tejeda, gobernador de Veracruz, solicitó a la Legislatura del Estado, la autorización de \$1,750⁰⁰ para favorecer a los damnificados de la congregación Cerro Colorado del municipio de Cosamaloapan (Blázquez, 1986: 57359).

Ocho años después, en septiembre de 1929, se dio otra gran inundación que cubrió durante cuatro días grandes extensiones de tierras en cultivo, incluyendo las partes altas. Para ese entonces ya se observa una mayor respuesta de auxilio, tanto del gobierno federal y estatal como de la iniciativa privada. El Congreso de la Unión remitió \$25,000 y los propietarios de los ingenios San Cristóbal y Compañía Azucarera del Paraíso Novillero, proporcionaron apoyo y ayuda material a los damnificados (Corro, 1951: 202).

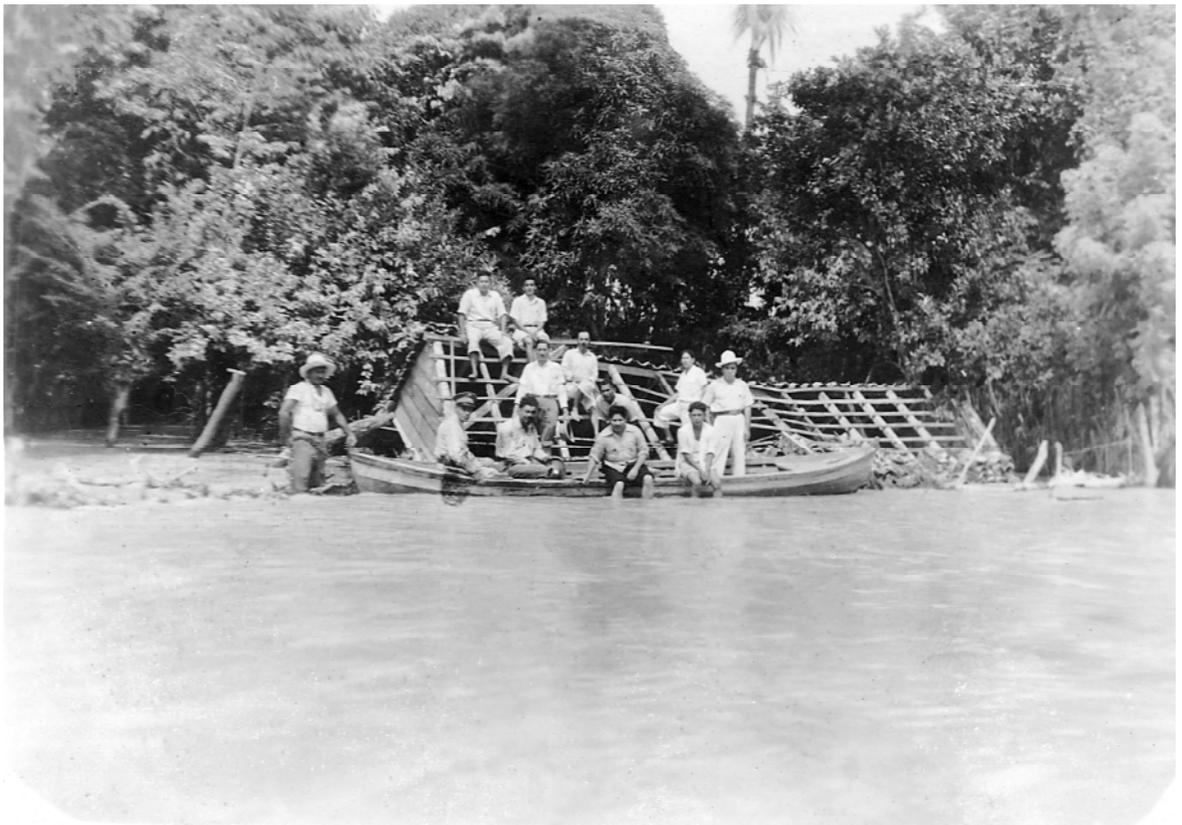
Figura 3. Otatitlán, inundación de 1944. Interior de una oficina.



Fuente: AGN.

El año de 1931 se caracterizó por la presencia ciclónica en el Golfo de México que provocó lluvias torrenciales y, en consecuencia, se sucedieron diez avenidas, seis más de las que comúnmente se daban al año. Octaviano Corro narra que el agua cubrió buena parte del municipio de Cosamaloapan durante cinco meses (Corro, 1951: 202). Consecuencia de esta creciente se afectaron 1,472 hectáreas sembradas de plátano, de las cuales 324 pertenecían a la *Mexican Fruit Company*, 300 a Villa Azueta y 848 a Otatitlán; de caña de azúcar se calculó que sumaban 7,000 hectáreas, extensión que equivalía al 50 por ciento del cultivo de esta gramínea (Rosales, 1938: 104-105). Debido a los estragos causados se constituyó un comité pro-damnificados para atender las necesidades más apremiantes.

Figura 4. Cosamaloapan, inundación de octubre de 1941. Ruinas de la casa de Clemente Castro en la calle Galeana.



Fuente: AGEV.

La creciente de 1933 afectó seriamente al barrio de Arriba de la ciudad de Cosamaloapan. A la par de solicitar ayuda gubernamental para construir un dique, los habitantes iniciaron la colocación de contrafuertes en los puntos donde se producía la mayor parte de los desbordamientos. De igual forma consideraron de urgencia empezar a cavar un canal que desviara la corriente del río para evitar que el cauce original continuara chocando en la orilla izquierda, exactamente frente a la zona urbana. La respuesta del gobierno federal se tradujo en la construcción de una barrera basada en pilotes a lo largo de 700 metros, obra que fue inútil pues las crecientes de ese año pronto la destruyeron (Corro, 1951: 210-211).

Tras la inundación de febrero de 1936, una comisión técnica recomendó, nuevamente, la construcción de barreras hechas con pilotes de palma para defender la orilla izquierda, construcción que se haría en el lugar preciso de los derrumbes, esto es, al sur de Cosamaloapan.

Solución que se veía como temporal por la poca efectividad a mediano plazo, razón por la cual se insistió en hacer dos cortes “al río en las gargantas de las dos herraduras que forma entre Chacaltianguis y San Cristóbal [...], y además un dragado general”, para desahogar la descarga (AGEV, C. 116, Exp. 188, 1936). Proyecto que hubo de esperar varios años hasta que fue realizado por la Comisión del Papaloapan en la segunda mitad del siglo xx.

Figura 5. Cosamaloapan, inundación de 1936. Derrumbe en la margen izquierda.



Fuente: AGEV.

Año tras año, la creciente provocaba mayores derrumbes en la ribera izquierda afectando al área urbana de Cosamaloapan, y 1941 no fue la excepción. El clamor general de la cuenca condujo al gobierno federal a crear una Comisión Intersecretarial con participación de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, la Secretaría de Marina y la Secretaría de Agricultura. El objetivo fue elaborar un diagnóstico general y planificar acciones dirigidas a controlar de manera efectiva el desbordamiento del Papaloapan. Entre el 17 de octubre y el 3 de noviembre de 1943, los integrantes de la Comisión recorrieron la cuenca baja recabando datos, informes y analizando el comportamiento del río para poder proyectar las medidas necesarias y mitigar los efectos provocados cuando el “río de las Mariposas” mostraba su ira.

Figura 6. Otatitlán, inundación de 1944.



Fuente: AGN.

Y frente a la creciente ¿dónde estaba la virgen de La Concepción? Cuando sucedió la gran inundación de 1944 que devastó al pueblo de Tuxtepec y dañó seriamente a Cosamaloapan y a Tlacotalpan, provocándose múltiples menoscabos materiales en pueblos, cultivos e ingenios, los habitantes de Cosamaloapan expresaron su desesperación y recurrieron a la fe como sostén para soportar las “calamidades” de una década funesta de inundaciones. A los siete días de estar bajo las aguas, el pueblo, recordando a la Madre divina, a la Señora del Arco Iris, pidió permiso a las autoridades civiles y eclesiásticas para “sacar en una chalupa a la Virgen de la Inmaculada Concepción. La imagen surcó las aguas, el Sol se brillantó y al solemne paso de la Virgen de la Concepción, Cosamaloapan entero se postró a sus pies. A las dos horas de estar la santísima Virgen nuevamente en su altar comenzaron a bajar las aguas. Para los incrédulos casualidad, para los creyentes milagro” (Corro, 1951: 210-211). Una vez más la virgen representada en el arco iris, ponía fin a los días de furia climática.

Cierre

Al iniciarse los años cuarenta del siglo xx, México se planteó ingresar a un proceso acelerado de industrialización. Para lograrlo se requería de la construcción de la infraestructura necesaria que atrajera las inversiones. Dentro de esa necesidad estaba el generar la suficiente energía eléctrica que permitiera un abasto continuo y creciente, tanto para la planta productiva como para la población en crecimiento, especialmente en el área central del país. Una acción dentro del programa gubernamental a mediano y largo plazo fue la construcción de presas hidroeléctricas. Obras que no sólo generarían el preciado fluido, sino también serían plataforma para impulsar la agricultura de riego y controlar las inundaciones que afectaban intereses materiales y cobraban vidas humanas en algunas cuencas.

La gran inundación de 1944, calificativo con el que quedó registrada en las crónicas, tuvo el efecto político de acelerar la decisión de iniciar el proyecto hidroeléctrico que, a semejanza del modelo que representó el Tennessee Valley Authority (TVA) desarrollado en Estados Unidos de Norteamérica, estaba planeado para aplicar en la Cuenca del Papaloapan y detonar el desarrollo regional. Éste implicaba construir un complejo de cuatro presas asociadas en la parte alta para almacenar los escurrimientos de los ríos tributarios del Papaloapan. Con ellas se cubriría la demanda de energía eléctrica, se fomentaría la agricultura de riego y se evitarían las inundaciones en la parte baja. A la fecha sólo se han construido dos presas: la de Temascal o Miguel Alemán en el río Tonto, y la de Cerro de Oro o Miguel de la Madrid en el río Santo Domingo.

De los fines perseguidos, dos se han logrado: la generación de electricidad y la reducción del impacto de las inundaciones. El tercero no se cumplió. Sin embargo, hubo otros efectos negativos de mayor magnitud que los provocados por las crecientes: el ecocidio y el etnocidio. Ambas presas inundaron más de 70 mil hectáreas del territorio de las etnias mazateca y chinanteca, destruyeron el hábitat de una variada flora y fauna, y obligaron al traslado de más de 35 mil indígenas a sitios muy diferentes de su nicho histórico. Para los habitantes del bajo Papaloapan, las inundaciones temporales se redujeron considerablemente; pero para mazatecos y chinantecos, el agua sepultó su antiguo espacio para siempre.

Referencias

Archivo:

Archivo General del Estado de Veracruz (AGEV), Gobernación, Caja 116, expediente 188, 1936.

Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Obregón-Calles, exp. 605-T-3, f. 16, Cosamaloapan, 1921.

Fotos:

Archivo General de la Nación (AGN), Ramo presidente Manuel Ávila Camacho, 1940-1946.

Archivo General del Estado de Veracruz (AGEV), Fondo Gobernación, Cosamaloapan, 1936-1944.

Diario de Xalapa, 3 de febrero de 2006.

Referencias bibliográficas

Aguirre Beltrán, Gonzalo (1992), *Pobladores del Papaloapan: Biografía de una hoya*, CIESAS, México.

Benavente Motolinía, Fray Toribio de (1988), *Historia de los indios de la Nueva España*, Alianza Editorial, Madrid.

Biar, Lucien (1962), *La Tierra Caliente: Escenas de la vida mexicana 1864-1862*, Editorial Jus, México.

Blázquez Domínguez, Carmen (1986), *Estado de Veracruz. Informes de sus gobernadores, 1826-1986*, Tomo XI, Gobierno del Estado de Veracruz, México.

Corro, Octaviano (1951), *El Cantón de Cosamaloapan*, La impresora, México.

Díaz del Castillo, Bernal (1998), *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Editorial Porrúa, México.

Foster, George M. (1962), *Cultura y Conquista: La herencia española en América*, Universidad Veracruzana, Xalapa.

González Martínez, Joaquín y Ramos Hernández, Marcelino (1998) *Historia social de Alvarado y su región*, Universidad Veracruzana, México.

Ramos Hernández, Marcelino (1997), *Alvarado, Apuntes históricos y geográficos*, Editora del Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa.

Rosales Mújica, Eulogio (1938), *Colección de datos para una historia de nuestra Señora de Cosamaloapan y del pueblo en que se venera, s/e*, Cosamaloapan.

Sahagún, Bernardino de (1989), *Historia general de las cosas de la Nueva España*, CONACULTA, México.

Velasco Toro, José (2003a), *Tierra y conflicto social en los pueblos del Papaloapan veracruzano (1521-1917)*, Universidad Veracruzana, México.

Velasco Toro, José (2003b), Cosmovisión y deidades prehispánicas de la tierra y el agua en los pueblos del Papaloapan veracruzano, en *Boletín del Archivo Histórico del Agua*, No. 25, Archivo Histórico del Agua, pp. 5-17, México.

Velasco Toro, José y Montero García (2005), Luis (Coordinadores). *Economía y Espacio en el Papaloapan Veracruzano, Siglos XVII-XX*, Editora de Gobierno del Estado, Xalapa.

Velasco Toro, José y Skerritt Gardner, David (Coordinadores) (2004), *De las marismas del Guadalquivir a la costa de Veracruz: Cinco perspectivas sobre cultura ganadera*, IVEC, Xalapa.